

Vigencia del lenguaje

Las posibilidades expresivas de los signos no lingüísticos son limitadas y están constreñidas a un "he aquí". Pongamos por ejemplo el caso de una imagen fotográfica o una toma televisiva que capturan un fragmento de la realidad y sólo uno. Aún la acumulación de fragmentos, y ése es el caso de un largometraje, jamás podrá reproducir de modo exacto y mucho menos completo los sucesos humanos. La cámara más moderna podrá mostrar de manera cuasi objetiva el mundo circundante, el "entorno físico", pero jamás la totalidad del entorno comunicativo, porque éste es complejo, inasible y mutante. La mejor imagen será siempre sólo una caricatura de la realidad o, en el mejor de los casos, una copia borrosa del instante en que, por efecto de la luz, se ha fotografiado la apariencia, no la esencia de una cosa o de un hecho.

Hoy se hacen maravillas con las cámaras de cine y televisión, y con los equipos de sonido. Hay trabajos dignos del calificativo de obras de arte, con aproximaciones poéticas, como las fantasías de Walt Disney, pero de ahí a considerar a estos aparatos como medios de representación global de la realidad hay muchísima distancia, porque toda su eficacia está limitada a los objetos materiales. Las dificultades se presentan cuando se trata del conocimiento del pensamiento, de las ideas. Ninguna tecnología moderna es capaz de ejecutar con mayor precisión y éxito que la palabra una interpretación de la historia, una teoría filosófica, una tesis económica, una explicación jurídica, una concepción teológica o metafísica o una experiencia psíquica.

Los recursos teatrales del mejor actor son insuficientes para mostrar en toda su intensidad y valor, a través de imágenes gestuales, el tormentoso sentimiento de culpa que agobia a Raskolnikov. Una aproximación a ese estado de ánimo y de conciencia es posible solamente siguiendo la trama novelada en la pluma de Dostoievski.

Ninguna avalancha de imágenes y ruidos, solos o combinados, es capaz de explicar ni siquiera medianamente el sentido del cristianismo o la importancia del descubrimiento de América.

La historia debe su existencia al testimonio escrito, permanente, legítimo, con carácter de prueba fehaciente. Antes de ella, de la escritura, la prehistoria: mágica, mítica, legendaria, apasionante, casi irreal. Merced a esa "gran desgracia" de la humanidad (la invención de la escritura), el ilustre Santillana ha podido divulgar su juicio demoledor sobre ese período de la historia. ¿Habrá alguna posibilidad, contando con todas las computadoras del mundo industrializado, de expresar exactamente, a través de imágenes, la idea: "La invención de la escritura es una gran desgracia de la humanidad"? Parece que no, pero si alguien lo duda, póngase a trabajar en esto y muéstranos sus resultados. Sin la escritura y sin los testimonios orales no habría historia, esto sí sería la catástrofe mayor de la humanidad. Sin libros, periódicos, tratados, folletos, cartas, diccionarios, libretas de apuntes, volveríamos a la época de las cavernas y, más temprano que tarde, desaparecido el lenguaje, alguien tendría que inventarlo de nuevo y escribir quizá ya no sobre superficies de huesos y cornamentas de animales, sino sobre pantallas de televisión, en disquetes de computadoras. Variará, sin duda, la técnica de la escritura y aparecerán nuevos signos y materiales, pero no desaparecerá el lenguaje escrito.

Y, ¿la filosofía? ¿Cómo representar el problema del ser, del infinito, de la nada de la relatividad, de la verdad... en imágenes visuales y auditivas no lingüísticas?

Y, ¿el amor? Los sacerdotes de la nueva religión tecnológica no han dicho hasta ahora cómo se expresa el amor -no el erotismo- a través de imágenes acústicas o visuales, a pesar de que el cincuenta

por ciento o más de las producciones de cine tienen algún motivo idílico y el resto pura pornografía. Las películas presentan una situación particular de membrete sentimental o sentimentaloides.

¿Cómo se reemplaza la expresión: "te amo", por una imagen? En cambio, una sola mirada basta -no la del lente de la cámara que no mira- sino de dos pupilas humanas para encerrar plenamente el sentido que guarda la metáfora de los versos de Bécquer.

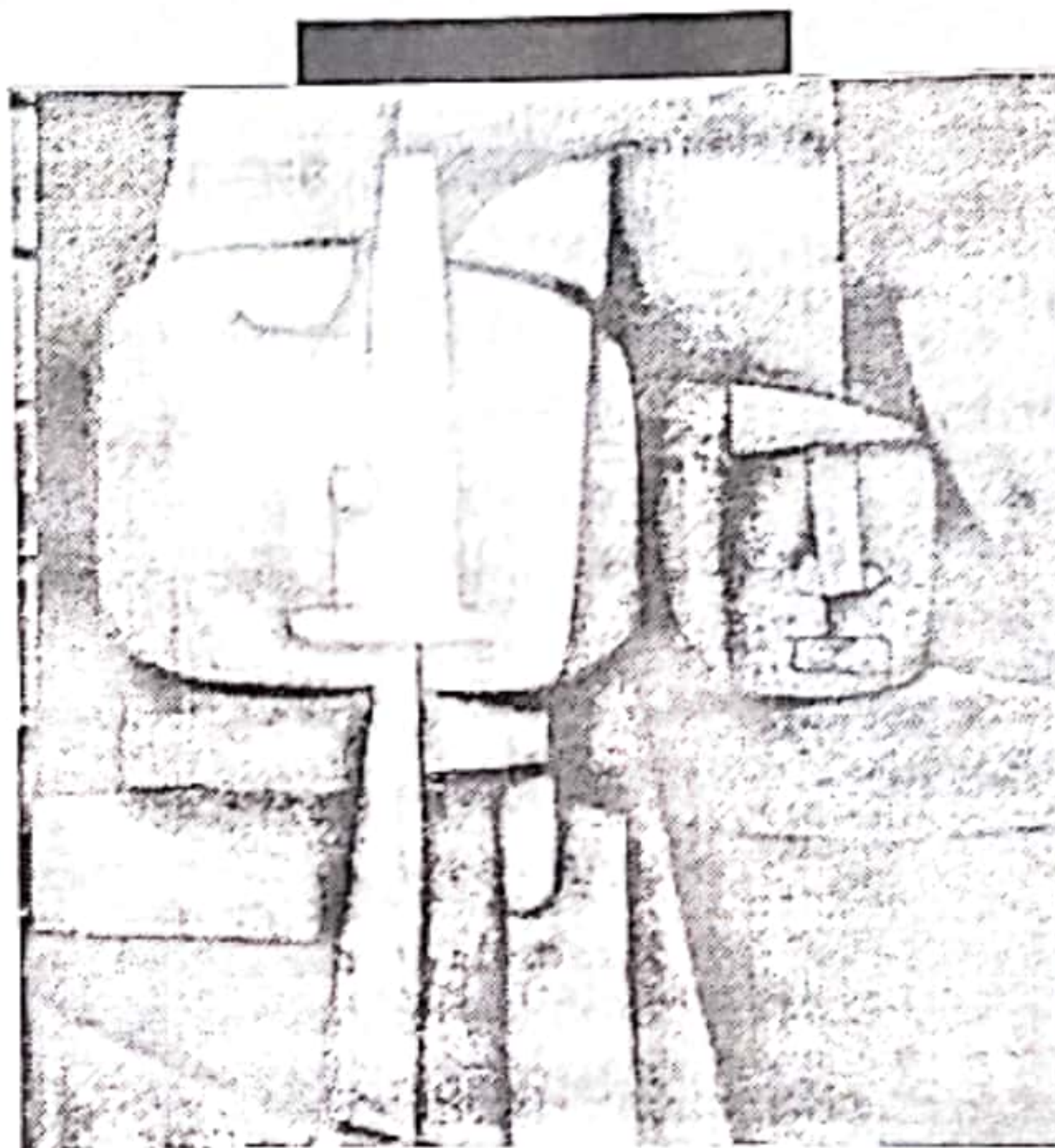
"¿Qué es poesía?", dices mientras clavas

En mi pupila tu pupila azul:

¿Qué es poesía? ¿Y tú me lo preguntas?

Poesía... ¡eres tú!"

Esto es irremplazable; no obstante, las imágenes pueden adornar y contribuir a la ejecución plena del sentido, como auxiliares del verso, como en este caso.



Alberto Medina

En el mundo de la comunicación actual, está archicomprobado que en toda imagen visual hay un sustrato lingüístico. Al final de cuentas, se transfiere una imagen al sentido localizado en una lengua.

Para el cine mudo, fue indispensable la explicación lineal que dan el lenguaje escrito o el relato externo, porque la palabra fija sentidos, ancla situaciones, ordena y organiza secuencias, les confiere una estructura lógica. ¿Que es lineal? Ni duda cabe, pero, ¿es por eso perjudicial? ¿Qué curso de pensamiento ordenado no es lineal, en una sucesión de causas y efectos? Si no fuera así, los pensamientos se agolparían, todos al mismo tiempo, y la mente sería algo semejante a un hormiguero alborotado.

La imagen audiovisual no puede prescindir de la palabra, pero ésta sí puede pasarla muy bien sin el auxilio de aquélla. Esta es la relación de dependencia de la primera respecto a la segunda.

Hay casos de producciones televisivas que tratan de prescindir de la palabra hablada o por lo menos la restringen a la letra de una canción. Me refiero a los tan difundidos "video-musicales" en los cuales las imágenes se atropellan unas tras otras; carecen de unidad temática, sin relaciones de causalidad; incomprendibles, por lo tanto porque de tanto que quieren decir no dicen absolutamente nada. Su mensaje es difuso y abrumadoramente caótico. Imposible advertir o sospechar siquiera la intención comunicativa de su fuente de procedencia.

Esto no es comunicación, sino un despiadado bombardeo de información que altera el sistema nervioso con estímulos indiscriminados, tan abusiva como irres-

ponsablemente fabricados para el consumo masivo.

La tecnología de la imagen audiovisual es incapaz de nombrar sus propios productos sin recurrir al lenguaje. El acto de nombrar es en sí mismo un maravilloso instante de creación. El mundo diferenciado de las cosas es el reino de la palabra y el ciado de las cosas es el reino de la palabra y el pensamiento su fortaleza inexpugnable. Los instrumentos de las nuevas tecnologías necesitan nombres -¿o dejarán de tenerlos?- El desarrollo acelerado de las ciencias obliga a las academias de todas las lenguas a incorporar en sus diccionarios acepciones, nombres propios, matices regionales. La lengua oral y escrita crece y se revitaliza en medio de la avalancha de imágenes.

El valor signo lingüístico es discutible en el terreno de la información dado el carácter ambiguo de la palabra (como de todo signo) pero no en el de la comunicación.

Las imágenes audiovisuales no pueden, finalmente, cumplir con eficacia las funciones comunicativa, emotiva, cognitiva o de elaboración del pensamiento; la estética o poética y la metalingüística. Las funciones apelativa, fáctica e informativa, pueden ser ejecutadas en mejor forma y, por supuesto, son aptas para el manipuleo de la conciencia a través de mensajes de penetración subliminal.

Sólo el lenguaje puede realizar todas las tareas mencionadas porque no se limita a fotografiar la realidad y porque cada lenguaje es un prisma cultural.

El habla, dijo Moliere, es "el más inteligible de todos los signos y la que ha desempeñado el papel históricamente fundamental en el desarrollo del pensamiento".

Para cerrar este acoplo de reflexiones propias y ajenas y disipado como parece estar el temor del enmudecimiento, dos citas: la de Tomatis: "El hombre, solo, sin palabras, correría ciertamente el peligro de deshumanizarse, desde el instante en que no podría explotar la exteriorización de lo que piensa", y la del experto en cibernética, Robert Filep: "Lenguaje es cultura. El más grande impacto cultural es el que proviene del lenguaje".

No hay razón valedera para vivir aterrados por la presencia de los medios electrónicos ni fundamento para sostener que ellos sepultarán al lenguaje oral y escrito, convirtiendo al hombre del futuro en una criatura enmudecida, analfabeta y sensible sólo a los estímulos del tacto, de los sonidos, de los colores y formas en vertiginoso movimiento.

Nada de esto es previsible, a menos que una guerra nuclear extirpara del cerebro humano la facultad de pensar y de articular el lenguaje; pero, mientras esto no suceda podemos dormir tranquilamente y decir: bienvenidos los medios audiovisuales, las computadoras, los satélites artificiales, los robots y todo aparato inventado y por inventar, si ellos han de realizar -como se prevé- el noventa por ciento de las tareas industriales del hombre y le han de dejar tiempo libre para que despierte con la música; pase las horas con el arte, en diálogo con los otros hombres, en la contemplación de la naturaleza, en compromiso con la ciencia y en goce de la libertad de conciencia política y religiosa y, al terminar el día, pueda disfrutar de la grata e irremplazable compañía del libro de cabecera.

Hasta cierto punto, ese hombre del futuro podrá repetir con Jesucristo: "Los cielos y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán".

Raúl Rivadeneira Prada (1940)
Escritor, Doctor en
Comunicación. Miembro de la
Academia de la Lengua.
Reside en La Paz.